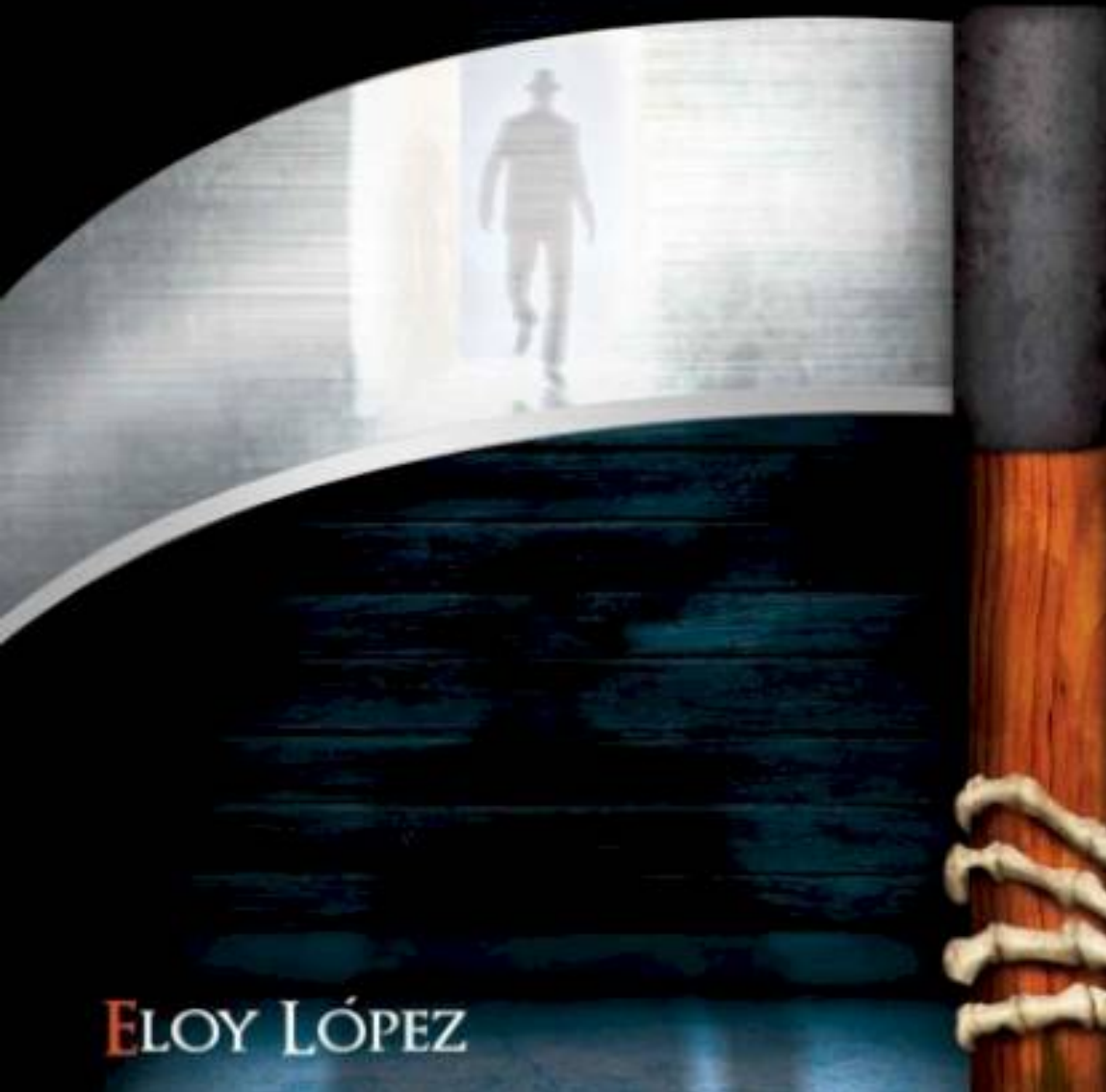


CUANDO MORIR NO ES UN PROBLEMA



ELOY LÓPEZ

Eloy López

Cuando Morir no es un Problema



Este libro no podrá ser reproducido ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del autor.

Todos los derechos reservados.

Cuando morir no es un problema

Eloy López® 2006, 2013

Diseño de portada: Raini Montero

Ilustraciones: Raini Montero; Isaías Carruyo

Correctores de prueba: Elys López; Eloy López

e-mail: cometalibros@hotmail.com

Copyright por el autor

Editado por Ediciones Cometa Azul

Hecho el depósito de ley

Depósito legal: If06120098001751

ISBN: 978-980-7226-11-0

Primera edición, Enero 2006

Segunda Edición Febrero 2013

Todos los derechos están reservados por las leyes que rigen a nivel mundial.

Para todos aquellos quienes, de alguna manera, colaboraron en la edición de esta obra.

*<<Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro>>
(Romanos 6:23)*

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1- La mansión de la colina](#)

[Capítulo 2- Genio](#)

[Capítulo 3- La burbuja humana](#)

[Capítulo 4- Cabeza de gato](#)

[Capítulo 5- Al regreso de la brisa](#)

[Capítulo 6- La muerte de Owen](#)

[Epílogo](#)

Prólogo

Esta obra de Eloy López es, a grandes rasgos, interesante, por la inteligencia con la cual logra ensamblar los diversos planos de los relatos. Se percibe una mezcla de tendencias narrativas que van desde el relato fantástico, pasando por los cuentos de hadas, la poesía romántica y el desenlace azaroso e inesperado, propio de un cuento policial.

Su estilo es el de un narrador omnisciente, adjetivo que se aplica a la sensación de saberlo todo. En esta obra se expone la fragilidad de la existencia humana y lo irrevocable del destino, desde la plataforma irreal de una casa de fantasmas. Este libro se asemeja mucho a una novela que a cualquier otro género, ya que los diferentes relatos están imbricados en una sucesión narrativa. No se trata de un libro de cuentos ya que las historias a veces carecen de autonomía, y no se puede comprender el desenlace sin haber leído el comienzo. El enigma del billete premiado es una clave que constituye un eje, y este elemento no puede obviarse.

Volviendo al asunto del narrador omnisciente, que adivina hasta el pensamiento y sentimiento de una mujer piedra, en este caso podría justificarse, ya que se trata de fantasmas, los cuales observan -según se cree- desde una posición o punto de vista privilegiado.

Algunas de las escenas del relato central se llevan a cabo en escenarios heredados del cine de Hollywood, siendo esta la intención del narrador, ya que la historia va develándose poco a poco más adelante.

El relato mejor logrado, en mi opinión, es el de la pareja de humanos; felinos, por su dosis de fábula urbana, impregnada de humor negro.

La rima parece dedicada a un lector ingenuo; aunque seguramente el autor se proponga abarcar un amplio espectro de lectores; ya que el abanico textual, como he expresado, me parece bastante amplio.

La trama general de la obra expresa un sentido filosófico moralizante: la irrevocabilidad del destino. En mi opinión, cuando uno está consciente de sus carencias y limitaciones, de sus poderes y capacidades, puede modificar, mediante la voluntad creativa, ese karma o huella ancestral llamado destino.

El estilo omnisciente tiene como ejemplo elocuente a García Márquez en "Cien Años de Soledad". Hay una frase que recuerdo cuando se refiere al imán: "las cosas tienen vida propia, sólo es cuestión de levantarles el ánima". Omnisciente se dice que es Dios al saberlo todo...

Julio Jiménez

1

LA MANSIÓN DE LA COLINA

Era una de esas ocasiones en las que me daba por cavilar... esta vez, con razón.

El crepúsculo agonizaba. Recuerdo que era sábado y por la calle pasaban más carros de lo común. Mi cigarrillo estaba recién encendido cuando nació la vaga idea de visitar la misteriosa mansión, allí, sentado en mi viejo mecedor destejido. Desde donde estaba se divisaba la lúgubre casa abandonada de dos plantas. El sol moría justo detrás de ella, en la alta colina reseca. Era una casa grande y muy elegante, a pesar de los descuidos que la agobiaban; tenía un color ceniciento y su aspecto no invitaba a conocerla por dentro. Era una de esas construcciones que ven pasar el tiempo, ven todo cambiar, pero sin cambiar ellas...

Me tomaré el relato con calma. Quiero que vivan los acontecimientos con cada detalle de lo ocurrido, y luego me dirán si la respuesta que busqué por todo este tiempo estaba muy clara; pues yo sólo la pude encontrar buscándola. Me llamo Owen Paltrow ¿Mi edad? mi edad ya no importa. Viví en un pequeño caserío escondido al que llegan muy pocos forasteros. No nací en ese pueblo; vine de una tierra muy lejana, sin embargo el pueblo donde residí por tanto tiempo se sembró tan afanosamente en mi alma que todavía lo recuerdo como si estuviera allí. Es, para mí, el lugar más significativo del mundo. Aunque no debo hablar con mucha propiedad acerca del mundo, pues no fue sino hasta ahora cuando lo empecé a recorrer y también a conocer. Ahora me doy cuenta que sabía muy pocas cosas sobre el mundo como tal.

Tampoco crean que ese terruño donde viví por 24 años sea una maravilla desde el punto de vista urbano. Antes lo creía así, pero ya he conocido tantos pueblos parecidos que me es difícil diferenciarlos. Actualmente me dedico a viajar de un lado a otro, y he comprobado que esto no es

una actividad vaga que no da resultados. Todo depende con qué objetivo se haga y cómo se haga. Gracias a este hábito he aprendido mucho como persona; pero nunca dejo de viajar... nunca se ha aprendido lo suficiente de este mundo sin fin.

Extraño mucho mi pueblo. Para mí significaba bastante; representaba mi vida; aún simboliza la mayor parte del tiempo que he gastado desde que nací. Si les soltara sin preámbulos la magnitud del suceso que viví allí, se extrañarían y hasta se sorprenderían por las buenas referencias que les doy. Es bien sabido por algunos que personas como yo suelen olvidar las cosas negativas sobre algo, en este caso, sobre mi pueblo.

La "Mansión Embrujada", como la llamaban los niños, era el lugar más tenebroso de todo el caserío.

Era una casa de dos pisos. La más antigua. Estaba fundida en polvo y telarañas según las historias coloquiales que vagaban por las calles, pero yo nunca quise entrar allí. Siempre, según contaban los que se habían acercado a ella, se sentía una presencia sobrenatural inclusive sin entrar. Solía ignorar por completo las historias que me llegaban acerca de fantasmas o apariciones que tenían su origen en la casa de la colina...

Aquella casa le debía su mala fama a un supuesto asesinato que había ocurrido allí hacía muchos años. Según decían, "cuatro señoras tomaban el té en horas de la tarde mientras conversaban tranquilamente cuando repentinamente un espíritu maligno hizo acto de presencia, y luego de arrasarse con casi todas las pertenencias que albergaban en la casa, matando a los perros que ellas tenían como mascotas; decidió cobrar sus deudas, llevándose a las damas, quienes le habían vendido su alma hacía mucho tiempo. Cuando los habitantes del pueblo asistieron a la construcción, encontraron que no había nadie, únicamente un rastro de sangre dejado como señal". ¿No les parece realmente inverosímil?...

De lo que no cabe duda es que la mansión perduró en su reputación de siniestra desde mucho antes de que yo

me mudara al pueblo; a pesar que nunca habían entrado en ella por muy cerca que hubieran llegado.

Así pues, me encontraba un día descansando en mi mecedor destejido mientras fumaba mi cigarrillo ¡Mi día! ¡Mi gran día! Acababa de ganar una fortuna gracias a un billete de lotería y, sin duda, pronto me iría de aquel pueblecito humilde para comenzar una vida de riquezas y máximos lujos junto con mi esposa. Curiosamente, cuando supe la noticia de mi buena suerte no grité ni armé una fiesta por la emoción, simplemente me senté a cavilar en mi viejo sillón, viendo volatizarse el humo del cigarrillo en figuras retorcidas. Digería mi emoción. Siempre supe que no es bueno tomarse emociones a la ligera sin primero examinarlas bien.

Examinarlas, sobre todo...

Si no fue alegría, fue melancolía lo que me quedó al no permitir que la emoción por mi suerte me cegara. Tristeza por dejar a mi tierra de casi toda la vida. Sin embargo, me reprochaba aquel sentimiento. No me gustaba ¿Por qué sentirse triste por abandonar un lugar que no era el mejor del mundo? Concluí que tal vez era abatimiento lo que tenía por la forma brusca en que había cambiado mi vida.

Me levanté del sillón justo en el momento en que el sol terminó de ocultarse. Tiré mi cigarrillo a la hierba cuando aún le faltaba mucho por consumirse. Entré en la casa a buscar mi sombrero (nunca salía sin él) y le dije a mi esposa que saldría a dar una vuelta. Antes de salir apuré un trago de tequila, el tequila siempre me daba buena suerte. Me puse las botas y me marché.



La mayor parte de la noche la pasé caminando por las sombrías calles y visitando los sitios que frecuentaba. Era la última de mis noches allí; seguramente al día siguiente estaría ya muy lejos a esas horas. Entré en el bar.

Todos los que me conocían me felicitaban por mi ventura en cuanto me veían y me invitaban a un trago. Yo los rechazaba todos. Estuve toda la noche conversando con el tabernero, con quien tenía mucha comunicación:

—A partir de mañana no me verán ya por aquí— le dije.

—Debe ser fantástico ganar tanto dinero. De verdad, lo que te ha pasado es el sueño de toda persona...te deseo buena suerte.

—Extrañaré este pueblo y esta taberna... tal vez las buenas vivencias que quedan en el pasado son mejores que las del presente, pues ya no se pueden cambiar, solo recordar— le resalté— tal y como son ahora recordaré éstas, mis tierras, para nunca olvidar lo bueno de ellas—. Me quedé allí largo rato sin decir nada más, sin sentir pasar el tiempo...

—Adiós— dije, por fin.

—Adiós— me contestó, y luego de un momento, me soltó dubitativo: Y... ¿no tienes pensado visitar la vieja mansión? Siempre me has dicho que nunca has entrado en ella en todo el tiempo que llevas viviendo aquí; además, está más embrujada que nunca: escucharon las voces de las mujeres conversando.

—¿En serio?— dije, asombrado. Sabía de sobra que el tabernero no era un hombre de mentiras— ¿Las mujeres fantasmas? ¿Quiénes las han escuchado?

—Unos niños traviesos que merodeaban por allí—. Luego bajó el tono de voz y me repitió en un susurro la idea: —¿Irás?

No le contesté.

Salí de la taberna un poco aturdido y me encontré a un policía recostado a una patrulla, yo no lo conocía, sin em-

bargo él me saludó felicitándome por el ya retocado tema de la fortuna:

—Felicidades por tus millones— me dijo cuando me vio— que te traigan buenas nuevas.

Tal parece que cuando el dinero llega a ti todo el mundo te conoce, pero no todo el mundo es tu amigo.

Me alejé unos cuantos pasos antes que el policía volviera a hablar:

—¡Vaya! Esta noche hay luna llena...habrá reunión de fantasmas en la casa de la colina.

Casi solté una carcajada, y como para disipar la gracia que me causó tal comentario, miré al cielo, estaba despejado y la luna resplandecía enorme, derramando su fulgor plateado sobre nuestro pueblo. En realidad, el cielo tenía el aspecto de una verdadera noche de brujas.

Seguí mi camino.

Unos niños callejeros jugaban correteando a esas horas de la noche. Niños enérgicos, traviosos y que parecían vivir sólo para divertirse. Yo continué vagando por las calles solitarias, recordando pero también imaginando cómo sería mi nueva vida.

Hasta que algo muy curioso aconteció...

No sé cómo ocurrió, pero de pronto me di cuenta que había caminado más de lo planeado, me había alejado bastante (considerablemente) de mi casa y ahora... ¡Me encontraba al pie de la colina que llevaba hasta la mansión abandonada! Ya me encontraba cerca, solo tenía que subir la pendiente, algo que me animó... o tal vez solo pensé que necesitaba un buen susto que me agitara. Todo ello sumado a que no había nadie por allí...

Comencé a subir la cuesta. Nadie me vio. Un inusual escalofrío inquietó mis brazos, a causa del aullido de unos lobos en la pradera. El ambiente parecía estarse adaptando poco a poco a las puestas en escena de las obras cinematográficas norteamericanas de horror, cosa que me causó aún más gracia, pues no me pareció más que una situación ridícula hasta cierto punto. Sin embargo, mi naturaleza de hombre se vio subestimada ante tales hechos y me vi im-

pulsado con más entusiasmo todavía a continuar mi camino hacia la mansión.

Llegué hasta el oscuro y derruido inmueble. Al principio, lo contemplé un rato.

Nunca había visto la casa tan cerca, y a pesar de que era de dos pisos, tenía poca altura.

Las cortinas blancas desgarradas bailaban entre las ventanas sin vidrio, dándole un aspecto fantasmal. Circulaba por allí una corriente de aire que producía un silbido intimidante. Me acerqué hasta la puerta y toqué, con los nudillos algo entumecidos, como esperando que me abrieran.

Nada ocurrió.

—Está abandonada ¡Despierta!— me ordené.

Lo admito, me dominó un miedo que no me dejaba razonar bien. De repente, en un arrebato de frenesí vertiginoso, traté de abrir la puerta y hasta la forcé, y al confirmar que no se abriría, me encolericé con ella y conmigo mismo.

¿Para qué quería entrar?

—¿Qué demonios estoy haciendo aquí? ¿Qué pretendo demostrarme?

Entonces di media vuelta y empecé a caminar, acomodándome el sombrero, con algo de rabia. Pero no me había alejado mucho cuando escuché... no lo pude creer. Escuche que abrían la puerta. Escuché el crepitar rechinante. Entonces me congelé de puro susto y me volví... ¡La puerta estaba abierta completamente!

Tragué en seco. Fue en ese momento cuando sentí el verdadero miedo. Estaba seguro de que no había nadie por allí, que la puerta se había abierto por sí sola, pero no me atrevía a confesármelo. Sentí por primera vez resquebrajarse aquellas firmes y excesivamente escépticas convicciones arraigadas en mí, que iban en contra de cualquier creencia en lo oculto, en lo místico...

O en lo satánico...

Fue entonces cuando adopté un coraje enteramente ligado a la testarudez. ¡Me atreví a devolverme! Aquel seu-

dovalor me nacía de la misma curiosidad, y del hecho que nunca creí en historias de fantasmas.

Me acerqué hasta la puerta con temor, y miré al interior de la casa: estaba tan oscura que no se veía absolutamente nada más que sombras, tan densas que ni los plateados rayos de la luna las aclaraban. Mi voluntad era cada vez más doblegada por la curiosidad, y mi corazón latía con violencia.

Entré al fin en aquel mar de penumbra. Todo lo hacía sin un fin concreto, sin un propósito, sólo por una intriga que me tragaba entero. Di tres pasos adelante, el piso de aquella casa era extremadamente duro, allí se escuchaba el silbido del viento mucho más fuerte que afuera y se respiraba una esencia antigua, una esencia a...

De repente, la puerta, como si de una película de espanto se tratase, se cerró de un golpe y con precisión. Corrí a ella, pero tropecé con algo y me fui de bruces al suelo empolvado. Oí claramente como le pasaban el seguro...

Entonces empecé a sentirlo: traté de gritar pero mi garganta se cerró, mis pulmones comenzaron a arder, mis venas parecían ser atravesadas por agujijones y me dio la sensación de tener los músculos del abdomen acalambrados. Estaba siendo atacado por algo.

Traté de arrastrarme hasta la puerta pero solo conseguí retorcerme. Me sentía los ojos desorbitados y, en medio de aquel shock, me pareció que eran las mismas sombras las que me ahogaban.

Pero no eran las sombras. Pronto sentí la cabeza como encendida en llamas y el corazón que me estallaba. Ocurrió lo inevitable.

Aquella noche, en aquella mansión, Owen Paltrow perdió la vida.

* * *

Al principio, me costó un mundo aceptar la sola idea...

—Esto no me puede estar pasando... no a mí— me repetía una y otra vez, incrédulo...